

¿HAY FUTURO PARA EL ESTUDIO DEL PASADO?

REFLEXIONES DESDE EL PRESENTE SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DEL FUTURO

ALMANSA SÁNCHEZ, J. (Ed.) (2011): *El futuro de la arqueología en España. Charlas de café – 1. 45 profesionales hablan sobre el futuro de la arqueología*, JAS Arqueología, Madrid, 298 págs., 21 x 14,5 cms., ISBN: 978-84-938146-8-7.

JUAN FRANCISCO M. CORBÍ

Universidad Complutense de Madrid

Resulta un tanto difícil clasificar y describir un libro de arqueología que, como su propio editor comenta en una nota inicial, “no es un texto sobre arqueología al uso, [...] ni siquiera un ensayo”, ni se ha visto sometido en exceso a las convenciones de la escritura científica, ni a las exigencias editoriales y de maquetación a la que cualquier publicación nos tiene acostumbrados. Esta obra es la compilación de cuarenta y cinco visiones, experiencias personales, críticas constructivas, reivindicaciones, propuestas y reflexiones sobre lo que ha sido hasta ahora la arqueología en España y lo que debería ser o hacia dónde debería dirigirse en un futuro inmediato. En ese sentido, cabe destacar el esfuerzo realizado por el editor, Jaime Almansa Sánchez, para reunir a tantos autores de perfiles tan diferentes (que han respondido a su reto de preguntarse por el futuro de nuestra disciplina en unas pocas páginas) y para abrir nuevos canales de divulgación del conocimiento y de debate entre arqueólogos a través de esta iniciativa u otras como un blog homónimo en

el que continúa el debate y al que remite en repetidas ocasiones (<http://elfuturodelearqueologia.blogspot.com.es/>).

En efecto, son cuarenta y cinco los capítulos que componen este libro, cada uno de ellos escrito por un autor distinto, tratando de asegurar la presencia de todos los miembros del “engranaje” arqueológico: profesores de universidad y miembros del CSIC, divulgadores, becarios de investigación pre y postdoctoral, arqueólogos de empresa, técnicos de museos y trabajadores de la Administración autonómica de todos los rincones del país. Todo ello le permite al editor satisfacer el que creo que es el objetivo principal de su libro: demostrar la importancia del colectivo, de estar y de trabajar unidos para mejorar la propia disciplina arqueológica, su metodología y su forma de verter los resultados de su trabajo a la sociedad y de dialogar con los ciudadanos que pagan las intervenciones arqueológicas. Quizá, uno de

los inconvenientes de esta obra es que no sabemos qué criterios concretos se han utilizado para seleccionar a los cuarenta y cuatro participantes (aunque cada capítulo lo acompaña con una breve reseña biográfica del autor y su relación académica y profesional con la arqueología). El otro es el orden alfabético para distribuir los artículos a lo largo del libro a partir del nombre de sus autores, lo cual no nos parece la mejor forma de resaltar los sectores profesionales a los que pertenecen, ni de que el lector pueda apreciar cómodamente las diferencias y similitudes de sus experiencias, críticas y propuestas.

No obstante, el resultado final no se desvía del objetivo pretendido que antes comentaba, aunque algunos autores se centren más en describir su propia experiencia que en responder a la pregunta sobre el futuro de la arqueología. En una gran variedad de estilos (diálogos, cuadernos de campo, situaciones imaginarias o reflexiones más al uso) y con un destacable grado de coloquialidad o de cercanía al lector, cada autor describe su experiencia arqueológica con un realismo descarnado y expone sus quejas, reivindicaciones y propuestas de mejora con una coherencia y aplomo abonados por sus muchos años de dedicación a la arqueología en el ámbito académico, en el empresarial o en la Administración, según cada perfil. Ello le permite al lector conocer una realidad, unas discusiones y unas problemáticas que, lejos de

los mitos de aventureros de Indiana Jones o Lara Croft, centran de forma bastante sensata los problemas y los retos a los que se enfrentan los arqueólogos en un momento crucial para su disciplina. Crucial porque, después del bum del ladrillo y de unos recortes salvajes en investigación que venimos padeciendo desde un tiempo a esta parte, los arqueólogos deben redefinir su disciplina. Separarla definitivamente de la excesiva vinculación que ha venido arrastrando con la liberación de suelo y los proyectos inmobiliarios o de obras públicas, sacar de los archivos administrativos la ingente información disponible para su conocimiento general, promover acciones integrales de difusión y valoración ciudadana del patrimonio, desarrollar acciones integrales de investigación entre arqueólogos académicos y de empresa, y ofrecer eso que se ha dado en llamar servicios de valor añadido, entre otros aspectos.

Uno de los temas que aparecen con más insistencia es el de la distancia abismal que los autores perciben entre el mundo académico y el ejercicio liberal de la arqueología, así como las deficiencias de las enseñanzas universitarias que, desde su punto de vista, no preparan o lo hacen muy deficientemente para abordar con resolución la práctica arqueológica en el campo abierto cuando se abandona la universidad. Por su parte, la arqueología en la academia presenta unas

características propias del mundo universitario español: carreras investigadoras frustradas por ausencia de becas, por becas que no llegan o por su larga prolongación en el tiempo para conseguir una plaza fija; precariedad de la labor investigadora; la orientación casi exclusiva a la investigación tradicional y no al trabajo liberal, ni a la colaboración con las empresas; unas redes clientelares y una endogamia contra las que es muy difícil luchar; la construcción de un modelo de falsa excelencia que pervierte contratos, proyectos o la adjudicación de plazas como pone de manifiesto Alfredo González Ruibal; unos programas docentes más orientados a la arqueología prehistórica y antigua que a la de los tiempos históricos más cercanos; y deficiencias en la formación integral de los futuros arqueólogos a pesar de los grados y másteres que se han puesto en marcha en los últimos años. Todo ello advierte que el mundo académico parece estar poco en contacto con el mundo real que estos autores describen y, por qué no, incluso denuncian. Se aboga, en definitiva, por programas docentes integrales que formen a los nuevos arqueólogos como investigadores, que los orienten más y mejor a la arqueología comercial (que desarrolla la gran mayoría de las intervenciones arqueológicas), que les hagan conocedores del marco administrativo en el que tendrán que desarrollar su actividad, que les lleven a impulsar proyectos de investigación que les permitan dar a conocer el patrimonio excavado

pero que permanece oculto en archivos de la Administración de turno, y que les formen como promotores y difusores del patrimonio para que la sociedad deje de ver a la arqueología como la molestia que hasta ahora ha sido para el promotor inmobiliario.

Las empresas de arqueología, por su parte, deben comprender que los objetivos últimos de su trabajo deben ser la investigación, a poder ser en proyectos en común con la academia (integrando grupos de trabajo mixtos), y ofrecer los resultados a la ciudadanía. Es decir, deben orientarse a la producción de conocimiento que hoy por hoy, al menos desde la universidad, se valora como escasa. A pesar de las denuncias de competencia desleal hacia los arqueólogos académicos que incursionan en la arqueología de gestión con el respaldo material, económico y humano de sus universidades, son aún pocas las empresas que presentan proyectos en convocatorias de financiación de proyectos de investigación frente a los organismos públicos oficiales, tal y como sugiere Pilar López García. Por lo demás, huyendo de su función liberadora de suelo y del frenesí de la especulación inmobiliaria, se defiende que las empresas comiencen a ofrecer servicios de valor añadido como consultoría, asistencia técnica, talleres, formación, difusión cultural, editorial, visitas o, incluso, representaciones teatralizadas a pie de yacimiento. Todo ello para intentar cubrir nuevos nichos de mercado

y satisfacer la demanda social de “consumo” de patrimonio arqueológico. Como no podía ser de otro modo, en el marco de la arqueología comercial se denuncia la generalizada escasa calidad de los puestos de trabajo que ocupan los arqueólogos en nuestro país y se menciona varias veces el inconmensurable esfuerzo realizado por la Asociación Madrileña de Trabajadores y Trabajadoras en Arqueología (AMTTA) para redactar un borrador de convenio colectivo para la Comunidad de Madrid que permitiría trabajar en unas condiciones mínimas de dignidad a los arqueólogos y de competencia leal entre las diferentes empresas. Desde luego, el libro deja claro que una de las necesidades más urgentes es la de que los miembros de este sector comprendan la importancia del colectivo y del asociacionismo y adquieran una conciencia completa de lo que es la arqueología, de sus necesidades y problemas, de lo urgente de su profesionalización, y de sus retos futuros para afrontarlos en común. Aquella separación irreal pero tan habitual entre la arqueología académica y la empresarial en un país que está a la cola en la inversión en I+D, solo puede reducir los esfuerzos que la cooperación entre los dos ámbitos vendría, sin embargo, a mejorar.

La Administración Pública, en líneas generales y salvo alguna excepción, recibe fuertes críticas. Distintos autores se hacen eco del

descontrol de las intervenciones arqueológicas y de los informes que entregan las empresas, de la ausencia de inspecciones efectivas y sanciones proporcionadas, de las dificultades para el acceso a los archivos donde se acumula cada vez más información, de los intereses políticos espurios con que han actuado algunas Administraciones, de la deficiente difusión de las intervenciones, etc., como consecuencia de las limitaciones de personal y de recursos económicos, que llevaron a modelos de subcontratación y a dejar la actividad en manos del libre mercado y sus perversiones. El propio editor propone para mejorar el papel y la relación de la Administración con nuestra disciplina: “conocer nuestro patrimonio a través de lascartas arqueológicas y la actualización de la documentación, [...] reglamentos que desarrollen las leyes autonómicas y marquen las bases de homogeneidad y rigor en la intervención sobre el patrimonio arqueológico; colaboración interdepartamental a través de la participación efectiva en los procesos de decisión que afectan y se ven afectados por la arqueología, a todos los niveles (local, provincial, regional, nacional e internacional); fomento de la difusión a través de unas políticas de publicación y publicidad más efectivas”; y reconocer a los arqueólogos el derecho de propiedad intelectual de los materiales creados por ellos mismos permitiéndoles su difusión fuera de los valiosos pero insuficientes

anuarios o actas que editan las Administraciones Públicas.

Entre las quejas más amargas se encuentran las referidas a las deficiencias en la difusión y en la concienciación social del valor del patrimonio cultural en varios sentidos: sin transmisión de los resultados no se hace arqueología, ni se consigue mejorar la imagen social de nuestra disciplina, ni que la ciudadanía valore y cuide su patrimonio, ni superar la crisis que actualmente sacude terriblemente al sector, ni complementar otros sectores tan faltos de valor añadido y de proyectos racionales y perfectamente planificados como, por ejemplo, el turismo. Sin duda, debe aprovecharse la creciente demanda social de productos culturales y hacerle ver a la sociedad todo lo que la arqueología puede aportar a la sociedad en riqueza cultural e, incluso, económica. Aún son pocas las iniciativas de difusión a través de los medios de comunicación de masas como, por ejemplo, los programas de televisión: *Time Team America* en Estados Unidos, *Sota Terra* en Cataluña y *La respuesta está en la historia* en Andalucía. Otras iniciativas muy destacadas podrían ser el parque cultural de Arqueopinto o algunos movimientos ciudadanos de promoción y defensa del patrimonio local o provincial que, de forma más o menos incipiente, comienzan a extenderse por España.

Como decíamos, son más los textos que se centran en evaluar el pasado y el presente de las experiencias personales que en anticipar algo de lo que pueda ocurrir en el futuro. Como excepción podríamos citar las reflexiones de Felipe Criado Boado que, como retos a corto plazo, cita: “definir qué relación existe entre, de un lado, los bienes patrimoniales y, de otro, los valores de la identidad, la memoria y el nacionalismo, las nociones de materialidad, propiedad cultural y propiedad intelectual, los procesos de musealización, conservación, turismo, desarrollo y cooperación, las experiencias de gobernanza, arqueología indigenista y empoderamiento comunitario, y las demandas de restitución y repatriación de los valores culturales vernáculos a las sociedades que se consideran sus legítimos detentadores”.

La escasa reflexión teórica, la ausencia de citas o referencias bibliográficas (salvo los recursos y enlaces que se ofrecen al final del libro para animar al lector a seguir profundizando en la reflexión), no deberían considerarse como carencias o falta de calidad de esta obra. Pierde formalismo, puede ser, pero gana realismo, espontaneidad y autenticidad. El mensaje de cada autor nos llega como una reflexión descarnada, íntima y abierta para que el lector saque sus propias conclusiones y, sobre todo, reflexione qué puede hacer él para mejorar, desde su humilde posición, la situación de la arqueología

española en los primeros años del siglo XXI. Además, al tratarse de un libro que forma parte de una serie publicada por la editorial del propio editor y que, por tanto, abre nuevos caminos editoriales, merece el reconocimiento de todos los profesionales que, desde sus distintos ámbitos, participan en la disciplina.

Independientemente de la negatividad o del realismo, según se mire, que vierten buena parte de los capítulos, la lectura de este libro deja un regusto si no bueno, sí al menos esperanzador. La arqueología, como tantas disciplinas y sectores económicos, debe recomponerse de esta hecatombe de recortes y crisis, y salir fortalecida con el esfuerzo de todos los miembros del colectivo para no perder el pulso de los tiempos que vengan con la superación de la crisis económica. Pero no todo puede hacerlo la arqueología por sí sola: ¿qué hay de aquella Ley de Economía Sostenible de 2011 que nos prometía un futuro económico basado en sectores de valor añadido y no meramente especulativos? ¿No sería deseable un cambio de modelo económico que virase hacia condiciones de trabajo más dignas y primase el interés general? ¿Las recetas que nos están aplicando para salir de esta crisis van en esta dirección?

En cualquier caso, este libro ayuda a ser conscientes de que hay que reaccionar, hay que revisar nuestro modelo de gestión arqueológica incluyendo a todos los sectores

que trabajen con el patrimonio o se interesen por él, aprender a generar debates sociales y establecer lazos de complicidad con la sociedad. Se trataría, como señala Beatriz Comendador Rey, de “una arqueología entendida como acción social, como elemento de cuestionamiento del actual *statu quo*, como ciencia subversiva y viva. Contribuir a construir un paradigma del pasado diferente es inseparable de la enorme responsabilidad social que los historiadores y arqueólogos tenemos ejerciendo esta profesión”. El libro pues delimita el sendero por el que hay que hacerlo, pone los cimientos del cambio y deja al colectivo la responsabilidad de trabajar para “solucionar sus problemas. [...] dignificar el ejercicio de su profesión, [...] lograr una formación y una investigación verdaderamente excelentes, que no escatime en recursos para integrar el patrimonio en su contexto social y [...] que se una por una arqueología diferente; mejor”. Esperemos que el esfuerzo no caiga en saco roto y veamos sus frutos más pronto que tarde.